



Noemí

Libro de Rut

Invocación: «Oh Dios, ayúdanos a aprender más acerca de ti al reconocer en la historia de Noemí cómo fue usada para cumplir tu propósito. Oramos para que nos animemos y a la vez animemos a otros por medio de su historia. Amén».

Monólogo de Noemí

Soy Noemí, la bisabuela del rey David. Ese fue el propósito de mi llamamiento para que se cumpliera el plan de Dios. Después de muchos años de tristeza, de hambre y de pérdida, pensé que Dios me había abandonado. Ahora veo que, por supuesto, eso nunca sucedió.

Mi esposo falleció. Luego murieron mis hijos. Mis nueras no tuvieron hijos y las tres quedamos solas para ver qué íbamos a hacer. Rut y Orfa eran maravillosas conmigo. Cuando decidí volver a mi pueblo, ellas dejarían los suyos para irse conmigo. En seguida comencé a preocuparme, como lo haría cualquier madre. No podía pedirles a estas muchachas que dejaran todo lo que ellas conocían solamente para acompañarme. Así que las detuve y les insistí que regresaran adonde sus propias madres, buscaran nuevos esposos, e rehicieran sus propias vidas. Sé que en algunos casos las relaciones entre suegras y nueras pueden ser difíciles. Pero no con mis muchachas. Eran hermosas y buenas.

Pobre Orfa. Podía ver en su cara lo consternada que estaba. Echaba tanto de menos su casa. Le aseguré que estaba bien que se fuera. ¡Me dio un gran abrazo y ambas lloramos! Se marchó para estar con su propia familia.

Luego miré a Rut. Rut era diferente. Me amaba como si yo fuera su propia madre. Desde el momento mismo en que la vi sentí como si la hubiera conocido de toda la vida. Era verdaderamente la hija que nunca tuve. Yo solo quería lo mejor para ella y en esa etapa de mi vida no podía imaginar cómo el estar a lado de esta mujer sola y amargada podía serle de ayuda.

Hubo muchos momentos en que la bondad de Rut me conmovía. Ninguna como el día en que rehusó dejarme. El amor que me tenía era más profundo de lo que yo pensaba. Y tal vez su necesidad de tenerme en su vida era también más fuerte de lo imaginado. No regresaría a su pueblo e incluso me dijo que se quedaría conmigo hasta el día de mi muerte.

Así que Rut regresó conmigo a mi pueblo. Era ciertamente extranjera en una tierra extraña. Pero en su mayoría, la gente era amable con ella. Todos estaban tan impresionados con su lealtad hacia mí que la aceptaron como si hubiera sido criada en el lugar.

Era natural que me sintiera responsable de ella y quise ayudarla. Cuando me contó que estaba trabajando en el campo de Booz, concerté una reunión privada de los dos. Para ser sincera, sabía que lo mejor para mí y para Rut era encontrarle un esposo que se hiciera cargo de nuestra tierra y por eso, a Booz lo llamamos redentor. También quería que Rut encontrara la seguridad y felicidad que tanto se merecía. Además, conocía a Booz de toda la vida. Sabía que él también se lo merecía.

Y ese hombre ha sido muy bueno con nosotras dos. No pedía nada y la familia que me han dado ha sido la mayor bendición de mi vida. Todos mis amigos llamaban a Obed, el hijo de Rut y Booz, «el hijo de Noemí». Sé que por lazos de sangre no soy en realidad la abuela de Obed, pero hemos sido toda una familia, como cualquier otra.

Estoy orgullosa de ello. Traté de escuchar a Dios y de ayudar a Rut. Gracias a eso, nacieron grandes niños, entre ellos David. De alguna manera, sé que Dios me puso en el momento y lugar precisos para usarme a mí, una vieja amargada, para que ocurriera lo que debía ocurrir. Sí, no hay duda, me siento orgullosa de ello.

Sugerencias para la reflexión (Monólogo de Noemí):

(Tenga una pizarra y tiza o un pliego grande papel y un marcador de felpa.)

Pregunte: «Mientras recuerda la historia de Noemí, ¿cuáles fueron las causas de que ella se lamentara, se sintiera amargada, y se preguntara si Dios la había abandonado?»

Invite a las mujeres a que lancen sus ideas sobre situaciones que podrían ser causa de que la gente se sienta amargada y abandonada por Dios en un momento como el nuestro. A medida que las mujeres mencionan las situaciones, escribálas en la pizarra o el pliego de papel.

Pregunte: «En medio del lamento y la pérdida de Noemí, ¿cuáles fueron las fuentes de ánimo y aliento para ella? Incluso en medio de su desolación, ¿cómo Noemí alentó a otras personas?»

Anime a las mujeres a que hablen sobre cada una de las siguientes preguntas:

¿Qué podemos aprender de la historia de Noemí acerca de la bondad y fidelidad de Dios?

¿Qué han aprendido ustedes de sus propias experiencias acerca de la bondad y fidelidad de Dios?

¿Qué nos dice la historia de Noemí acerca de las personas que se unen para cumplir el plan de Dios?

¿Cómo podríamos ser llamadas a trabajar junto con Dios para lograr su plan para un momento como este?

Refiérase a la lista de situaciones que pudieran hacer que las personas se sientan amargadas y abandonada por Dios. Al señalar cada situación, pida sugerencias acerca de cómo podemos trabajar con Dios para brindar ánimo y confraternidad a las personas que se encuentran en estas situaciones. Tal vez quiera hacer planes específicos para poner en práctica una o más de estas sugerencias.

Invite a las mujeres a que hagan oraciones cortas relacionadas con las situaciones de la lista y las oportunidades que tenemos de trabajar con Dios para ofrecerle ánimo a estas personas. Termina con oración: «Gracias Dios, porque siempre eres bueno y fiel con nosotros. Gracias por llamarnos para que te acompañemos a cumplir tu plan en nuestro tiempo. Ayúdanos a extender tu bondad y fidelidad para animar a otros. Amén».



María Magdalena

Lucas 8:1-3; 24:1-13; Mateo 28: Marcos 16; Juan 20:1-18

Invocación: «Oh Dios, mientras escuchamos a María Magdalena contar su historia, ayúdanos a ver, a escuchar y a sentir lo que ella experimentó. Ayúdanos a escuchar cuando nos llamas en este momento y lugar. Amén».

Monólogo de María Magdalena

Soy María Magdalena. Amé a Jesús con todo mi corazón, con todo mi ser. Incluso vi cuando lo mataron. Sostuve las manos de su madre. Fue el momento más doloroso, creo, de mi vida.

Fue tanto lo que hizo por mí. Tenía muchos problemas cuando lo conocí. Él me trató con amor y respeto. Incluso me atrevería a decir que me sanó desde adentro. Me recibió en la comunidad de sus seguidores. Me convertí en discípula e hice todo lo que pude para aprender a ser más como él. Les hablé a otros acerca del amor de Dios a medida que aprendíamos de él, de Jesús, lo que verdaderamente significaba.

Entonces lo mataron. Quedamos devastados. Ninguno de nosotros sabía qué pensar ni sentir. Y estábamos asustados. Habíamos presenciado tantos horrores en tan pocos días.

Debido a la manera en que ellos manejaron todo —el juicio, la crucifixión— no pudimos preparar su cuerpo como era debido para enterrarlo. Ya ven, todo lo hicieron bajo el manto de la oscuridad y fue enterrado cuando el sábado ya había comenzado. Todo era en contra de lo que se nos había enseñado. Por eso, el domingo por la mañana, insistí en ir a la tumba para preparar el cuerpo. Era lo único que podía hacer por él en ese momento.

Varios otros fueron conmigo y nos dirigimos hacia la tumba. Ahora, cuando recuerdo ese día, me pregunto que íbamos pensando. Sabíamos que no podríamos quitar la piedra que sellaba la tumba. Me pregunto ahora si fuimos llamados para propósitos que no pudimos ver en ese entonces. Me pregunto esto porque ahora todo parece muy irreal. Me pregunto en qué pensábamos.

Sin embargo, muy pronto lo que pensábamos dejó de ser importante. Todo el mundo se vino abajo cuando llegamos a la tumba. No estaba. ¡No estaba! Empezaron a surgir las posibilidades. ¿Se lo habrían llevado los romanos para que no practicáramos nuestros ritos religiosos? ¿Se robaron el cuerpo? ¿Qué le había pasado?

Estábamos sorprendidos. Yo era un manojo de nervios y me fui a otra sección del camposanto. Y fue allí donde sucedió. Alguien me habló. Pensando que era el hombre que cuidaba el huerto, le pregunté si sabía dónde estaba Jesús. En ese momento, dijo mi nombre.

¿Les ha pasado alguna vez que alguien las conozca también que cada vez que las llaman por su nombre es como si resonara por todo su ser? Cuando me llamó por mi nombre sentí algo maravilloso. No tengo palabras para describir lo que sentí. Fue la manera como lo dijo y la mirada de sus ojos cuando me llamó. Lo único que puedo decirles es que en ese momento supero que ¡mi Salvador estaba vivo!. Lo abracé y lloré. Entonces él me dijo que fuera a contárselo a los demás discípulos.

Claro, cuando se los dije, dudaron. Creo que les era fácil pensar que era una mujer emotiva. Les digo, no obstante, que cuando esos hombres comprendieron que era verdad, también se emocionaron.

Les dije a todos que sabía que el Señor había resucitado. Me siento honrada de haber sido usada de esa manera. Fui una de los primeros testigos de la resurrección. ¡Y me siento feliz de haber sido llamada para un momento como ese!

Sugerencias para la reflexión (María Magdalena):

(Si le parece puede escribir cada una de las situaciones que aparecen abajo en una tarjeta de fichero o en tiras de papel. Trate de usar el himno «Él vive».

Después de unos momentos de reflexión, aliente a las mujeres para que hablen de los siguientes temas:

¿Qué vieron, oyeron y sintieron cuando María Magdalena les contó de cómo Jesús la sanó y de cómo ella lo siguió?

¿Qué vieron, oyeron y sintieron cuando María Magdalena les contó acerca de la muerte y entierro de Jesús?

¿Qué vieron, oyeron y sintieron al descubrir con María Magdalena que Jesús no estaba en la tumba?

¿Qué vieron, oyeron y sintieron cuando Jesús pronunció el nombre «María»?

¿Qué vieron, oyeron y sintieron cuando le contaron a la gente la noticia maravillosa de que Jesús vive?

Comentario: «Hemos caminado con María Magdalena y tratado de ver, oír y sentir lo que ella experimentó. Ahora, tratemos de ocupar el lugar de algunas personas hoy. Tratemos de sentir lo que pudieran estar sintiendo. Luego pidan la asistencia de Dios para saber cómo llamar a esa persona por su nombre y animarla con las buenas nuevas de que Jesús vive». (Instruya a las mujeres para que formen grupos de dos o tres y hablen de maneras de responder al llamamiento de Dios al compartir la fortaleza que nos da la resurrección de Jesús con algunas de las siguientes personas):

El esposo de Sheila murió de repente anoche.

Rhonda y Marcos acaban de saber que su bebé está gravemente discapacitado.

El médico de Nelly le dijo que padece de una enfermedad incurable.

Clara siente que Dios la está llamando a ser pastora.

Nancy, que está a punto de jubilarse, perderá el trabajo y la pensión porque van a cerrar del todo la fábrica donde trabaja.

El hijo adolescente de Sue es adicto a las drogas y está involucrado en otros comportamientos destructivos.

Invite a cada grupo a contar cómo responderían al llamamiento de Dios y brindar ánimo a la persona porque Jesús vive.

Termine con unos momentos de adoración. Use el himno «Él vive» a manera de grupo coral, solo o con un casete o CD. Luego pídale a las mujeres que oren en silencio por todos los que necesitan ser animados a experimentar como lo hizo María Magdalena que Jesús vive. Invite a las mujeres a darle las gracias a Dios en silencio por la diferencia que la resurrección de Jesús marca en sus vidas.

Anime a las mujeres a que compartan en voz alta, una a la vez, qué diferencia marca en ellas el saber que Jesús vive. Después de cada respuesta todas se unirán para afirmar con alegría: «¡Jesús vive!»



Priscila Hechos 18

Invocación: «Oh Dios, ayúdanos a escuchar la historia de Priscila. Que tanto sus palabras como su ejemplo nos sirvan de inspiración para un momento como el nuestro. Amén ».

Monólogo de Priscila

Me llamo Priscila. He vivido toda la vida preguntándome «¿Qué me llama Dios a hacer en este momento?» Sé que Dios nos usa a todas nosotras a trabajar con él para llevar a cabo sus divinos propósitos. Fui testigo de los efectos de estos llamamientos en repetidas ocasiones. Nunca soñé que llegaría a ser una líder de esos primeros creyentes. No era para lo que mi esposo, Aquila, y yo estuviéramos preparados. Trabajábamos en el negocio de hacer tiendas, y lo hacíamos arduamente para que nuestro negocio prosperara. Y todas las noches le rogábamos a Dios que siempre brillara una luz en el camino que debíamos seguir. Ese camino nos llevó derecho a Pablo.

Sí, el mismo Pablo. El que tenía la suficiente valentía como para llamarse a sí mismo «el Apóstol». Mucha gente no lo sabe, pero él también nos dio ese nombre. Cada uno de nosotros a nuestra manera trabajamos diligentemente para difundir las buenas nuevas de que hemos nacido a la vida. No hubo lugar al que Pablo llegara que no hablara del nombre de Jesús antes de salir. Por eso era que siempre se metía en problemas.

¡Tuvimos tal visión en ese entonces! No solamente queríamos mencionar el nombre de Jesús, motivar a las personas para luego marcharnos. Lo que queríamos era que de verdad entendieran, creyeran en Jesús y luego se convirtieran ellos mismos en testigos.

Fue mucho lo que dejamos por ese trabajo. Pablo, Aquila y yo nos trasladamos a Éfeso porque oímos que Dios nos llamaba a ir a ese lugar. Aquila y yo nos quedamos a trabajar con los efesios, mientras Pablo seguía en la marcha. Se mantenía viajando movido por el ardor de que la Palabra llegara al mayor número posible de personas.

Nos quedamos en Éfeso y conocimos a Apolos, un hombre joven y dinámico. Tenía buenas intenciones pero no conocía toda la historia. Así que le enseñamos acerca de la resurrección y lo que la vida de Jesús verdaderamente significa para todos nosotros.

Nunca antes hubiera podido tomar parte en una enseñanza como esta. No se me hubiera permitido. Siempre les digo a los demás cómo la resurrección para cada uno de nosotros no es simplemente esperar la vida futura. Me veo en vida trabajando para esparcir el evangelio como una especie de resurrección. Toda la vida supe que había sido llamada para enseñar el amor de Dios. Anteriormente había tratado de hacerlo con mis amigas o con niños, pero gracias a Jesús, pude cumplir este llamamiento de tal manera que fue algo significativo para mí. Nuestros servicios de adoración se convirtieron en una luz brillante en mi vida, como aliente fresco en todo mi ser. Creo que Jesús lo hizo posible, me dio la oportunidad de trabajar hombro a hombro con Pablo, con Aquila, para enseñarle a Apolos. Y ver cómo otras jóvenes comenzaban a hacer lo mismo.

Toda mi vida me he preguntado: «¿Qué me llama Dios a hacer ahora?» Y cada respuesta me condujo a una nueva aventura de ver cómo Dios me usa para proclamar su mensaje. Mi oración es que esto haya tocado a otros de tal manera que los ayude a salir a hacer lo mismo, Pero, lo que sé es que la vida que da Dios me ha tocado, y siempre proclamaré esa verdad. Jesús trajo la resurrección a nuestras vidas en el ámbito eterno, pero también aquí en este lugar y ahora mismo. Estoy eternamente agradecida por ello.

Sugerencias para la reflexión (Priscila):

(Tenga una pizarra y tiza o un pliego grande de papel y un marcador de felpa.)

Anime a las mujeres a reflexionar en lo siguiente: «De qué manera la pregunta de Priscila, “Qué me llama Dios a hacer en este momento” se relaciona con nuestro tema: “Para un momento como este: Decididas a servir?” De qué manera la pregunta de Priscila “Qué me llama Dios a hacer en este momento” es también la pregunta de ustedes?»

Invite a las mujeres a responder a estas preguntas: «¿De qué maneras Priscila buscó y discernió el llamamiento que Dios le hacía? ¿Quiénes pudieron haber ayudado a Priscila en su búsqueda de la voluntad de Dios para su vida? Al responder Priscila al llamamiento de Dios, ¿cómo le dio ella ánimo a otras personas? ¿Cómo las palabras de Priscila acerca de su deseo de que los demás verdaderamente entendieran, creyeran en Jesús y luego se convirtieran ellos mismos en testigos se relaciona con su ministerio de estimular y apoyar, y de proclamación?»

Anime a las mujeres a expresar sus ideas de cómo podemos continuar el ministerio de Priscila de dar estímulo a otros y de proclamación. (Escriba estas ideas en la pizarra o en el pliego de papel.)

Para ayudar a las mujeres a discernir el llamamiento de Dios para un momento como este, diríjelas en la siguiente experiencia de oración:

Repasen la dirección de Dios en sus vidas. Recuerden aspectos donde de manera especial sintieron la bendición y dirección de Dios. Denle gracias a Dios por ello.

En actitud de oración piensen en sus intereses, habilidades y dones espirituales y cómo estos se relacionan con el llamamiento de Dios en sus vidas.

Piensen en las necesidades de personas de sus comunidades y del mundo. ¿Cómo podría Dios hablarles a través de estas necesidades?

Agradezcan a Dios por las personas que les han dado estímulo y aliento. ¿De qué manera sus palabras de aliento las ayudan a entender que Dios las está llamando a ustedes en este mismo momento?

Denle gracias a Dios por la resurrección de Jesús que hace posible que tengamos nueva vida y nuevas oportunidades para el ministerio.

Pregúntenle a Dios: «¿Qué quieres que haga ahora mismo para un momento como este?»

Escuchen en actitud de oración y dejen que Dios les hable.

Anime a las mujeres a que hablen de sus respuestas: «¿Cómo el ejemplo de Priscila y nuestro tiempo de oración las inspiró a responder al llamamiento de Dios para un momento como este?» Después de que cada mujer responda a la pregunta, invítelas a todas a decir esta oración en voz alta: «Gracias Dios, por tu llamamiento en nuestras vidas».



Lidia

Hechos 16:1-15

Invocación: «Oh Dios, te damos gracias por las historias que aparecen en la Biblia de mujeres que tú usaste para cumplir tu propósito. Danos aliento para que acompañemos a estas mujeres de fe en servirte para un momento como el nuestro. Amén».

Monólogo de Lidia

Me llamo Lidia y soy miembro de la comunidad cristiana de Filipos. He sido testigo de cómo Dios usa a alguien para un lugar y momento en particular. Estoy segura después de haber visto que Dios incluso me ha usado a mí de tal manera, aunque siempre es difícil ver esa clase de cosas en uno mismo. Por lo menos, así lo siento yo.

Lo que sí recuerdo es ese día cuando Pablo y Timoteo y los que los acompañaban en su viaje llegaron a nuestra reunión semanal de oración. Todavía no sé la historia completa de por qué llegaron ese día, pero el caso es que su llegada cambió mi vida para siempre. ¿Y tengo incluso que agregar que cambió mi vida para mejorarla?

Bueno, no es que mi vida fuera tan difícil antes. Conocía a Dios. Tenía una bonita casa y un negocio de telas muy próspero. Tenía grandes amigos y las cosas marchaban muy bien. Nunca me imaginé que podría ser mejor.

Pablo llega a nuestra reunión. Debo admitir que al principio me sentí incómoda con él. No podía creer que este hombre fuera tan rudo para interrumpir y básicamente hacerse cargo de nuestra reunión. Sin embargo, pronto las cosas comenzaron a cambiar dentro de mí. Empecé a escuchar atentamente su predicación y de repente sentí que estaba comenzando a conocer a Dios de una manera totalmente nueva. A través del Cristo Resucitado, mi vida cambió. El espacio vacío que tenía dentro de mí y del que ni siquiera estaba consciente, se llenó. A partir de allí abrí mi casa para que llegaran todos los misioneros que pasaban por el lugar. Mucha gente llegó a conocer a Jesús allí mismo en mi casa. ¡Qué momento tan maravilloso!

Ahora bien, quiero ser honesta con ustedes. Mi participación en la iglesia primitiva trajo también sus consecuencias. Hubo clientes que no quisieron seguir comprándome telas. Hubo amigos y familiares que dejaron de hablarme. Pero los nuevos amigos y la familia del Mesías compensaron todo eso. Parecerá tonto, pero es la verdad. No es que eso no me entristeciera. Es algo difícil de explicar. Hay que experimentarlo. No obstante, la paz y la satisfacción que me llenaron hicieron que las dificultades se tornaran más fáciles de sobrellevar.

Pablo, pues, fue adonde Dios lo había llamado. Dijo que había soñado que un hombre de nuestra región lo llamaba para que fuera a ayudar. Al día siguiente se levantó y se dirigió hacia donde nosotros estábamos. Y gracias a eso conocí a Jesús y mi fe alcanzó un nuevo nivel de entendimiento y de servicio.

Estas son las consecuencias eternas, las que verdaderamente importan. Mi negocio es muy importante para mí, como lo son también mi familia y mis amigos. Pero mi vida como parte de la iglesia de Filipos es la que abarcó todo lo bueno e hizo que brillara una nueva luz en todo, la luz del Mesías. Esa luz de verdad hace que todas las cosas de mi vida sean más luminosas y mejores que nunca.

Soy tan feliz porque Pablo le hizo caso a ese sueño. Tal vez, de alguna manera, ese espacio vacío en mí lo llamaba pidiendo ayuda. ¡Gracias a Dios por esos sueños!

Sugerencias para la reflexión (Lidia):

(Para cada una de las mujeres necesitará lápiz o bolígrafo, un sobre y suficientes tarjetas de notas de 3 x 5. Por ejemplo, si tiene diez mujeres en su grupo, necesitará entonces 100 tarjetas.)

Invite a las mujeres a hablar de lo siguiente: «Cómo responden ustedes a la afirmación de Lidia de que a pesar de que hemos visto cómo Dios usa a alguien más para un momento y lugar en particular, es a veces más difícil ver cómo Dios nos usa a nosotras mismas para cumplir sus propósitos? ¿Cómo se han dado cuenta de que esto es también verdad en sus propias vidas?»

Pregunte: «¿De qué maneras Lidia dejó que Dios la usara antes de haber conocido a Pablo? ¿Cómo pudo Dios usarla más grandemente después de que ella conociera al Cristo Resucitado? ¿De qué manera las vidas de ustedes se han transformado desde que el Cristo Resucitado tocara sus vidas? ¿Quién recuerda el momento cuando sintió que Dios la estaba usando para cumplir su propósito?»

Dirija la siguiente actividad para afirmar y animar a las mujeres a entender que Dios las está usando para cumplir sus propósitos para un momento como este.

Déle a cada mujer un bolígrafo o lápiz, un sobre y suficientes tarjetas de 3 x 5 para ella misma y para cada otra mujer del grupo. Si su grupo es grande, tal vez prefiera pedirles a las mujeres que hagan círculos de 6 a 8 en cada círculo.

Pídales a todas que escriban su nombre en el sobre y se lo pasen a la persona que está a su derecha.

Sugiera que debido a que tal vez nos preguntemos cómo Dios nos está usando, esta es una oportunidad para contarle a cada mujer del grupo cómo usted ve que Dios la está usando en este momento y lugar para cumplir el propósito de Dios. En una tarjeta, cada mujer escribirá una nota a la mujer cuyo nombre aparece en el sobre que está sosteniendo, de cómo ve que Dios la está usando. Anime a las mujeres a ser bien específicas en cuanto sea posible.

Instruya a cada mujer a pasarle el sobre que tiene en la mano a la persona que está a la derecha y le escriba una nota de ánimo a la mujer de la que está recibiendo el sobre.

Continúe de esta manera hasta que cada mujer tenga en la mano su propio sobre.

Invite a cada mujer a leer en silencio las notas de estímulo que las demás le han escrito.

Luego sugiéralas a todas escribir en una tarjeta: «Creo que Dios me está usando ahora mismo para ...» y completar la frase y que luego la coloquen en su propio sobre. Aliente a las mujeres a conservar estas palabras de ánimo y leerla cuando se pregunten cómo Dios las está usando para un momento como este.

Invite a las mujeres a decir oraciones de una frase como respuesta al ejemplo de Lidia y a las afirmaciones que han recibido.